

En 1837 Hans Christian Andersen publicó un famoso cuento titulado *“El traje nuevo del emperador”*. Se trata de una narración corta en la que el autor plantea una moraleja final que podría resumirse en un simple concepto, que sin embargo puede tener un amplio significado: No todo lo que el mundo cree (o dice creer) tiene (necesariamente) por qué ser sincero, sobre todo cuando afecta a sus intereses coyunturales.

El argumento es sencillo. Un rey que vivía en un país lejano solo preocupado frívolamente por su indumentaria, un día oyó hablar de dos hombres que eran capaces de fabricar una tela extraordinaria, una tela fina y delicada como ninguna y con la peculiar naturaleza de ser invisible para cualquier persona estúpida, indigna o incapaz para desempeñar el cargo que ocupase. Los dos hombres, Guido y Luigi, en realidad dos charlatanes embaucadores, se aprovecharon de la frivolidad del rey, de su afición enfermiza por la vestimenta y sobre todo del poder que ostentaba, para atesorar los ricos materiales que, supuestamente, eran necesarios para la elaboración de la maravillosa e ilusoria prenda, limitándose a efectuar una parodia de confección, sin hacer en realidad nada más que simples ademanes simulando hacerla. Como buenos pícaros contaban con la estupidez humana, gran aliada para sus propósitos.

A medida que pasaba el tiempo y aumentaba la curiosidad del rey por ver los avances en la elaboración de su nuevo traje, este fue enviando a sus ayudantes para que le informasen del progreso y de las características de la deseada vestimenta. Los ayudantes, conocedores de la singularidad y lógicamente incapaces de verla en realidad, pero más preocupados por su ventajosa situación social y dispuestos a no perderla bajo ningún concepto, alabaron con sus mejores palabras el nuevo traje del rey y su magnífico aspecto, deshaciéndose en elogios sobre su perfección.

La noticia corrió por el reino y todos los súbditos se apresuraron el día de la presentación pública del rey luciendo la asombrosa prenda, para comprobar la indignidad o la simpleza de sus vecinos que no fuesen capaces de ver el nuevo traje del rey. Este, finalmente tan preocupado como sus súbditos por aparentar una dignidad y competencia que temía no poseer, aceptó la parodia de atuendo que le colocaban los dos pícaros simulando vestirlo con el maravilloso traje en realidad inexistente. Ataviado de tal manera salió en desfile ante la multitud, que de forma unánime alabó el nuevo traje del emperador, todos temerosos de parecer estúpidos ante sus propios vecinos ni no conseguían verlo en toda su magnificencia, a pesar de que ninguno lo veía en realidad...

Hasta que un niño dijo la frase que mostraba la verdad implacable: “*¡¡Pero si el rey está desnudo!!*”

Esta simple fábula moral ejemplifica muy bien la situación actual en que se encuentra la sociedad contemporánea en las naciones del llamado primer mundo, y sirve como analogía para comprender sus componentes y su íntima estructura funcional. Sociedades contemporáneas víctimas inconscientes de una realidad cultural generada intelectualmente y aplicada políticamente mediante medidas de ingeniería social, que son, generalmente, admitidas por la población sin casi ninguna oposición crítica como verdades absolutas, y supuestamente necesarias para el bien social.

De esa realidad cultural “construida intelectualmente” tratará este libro. Es decir, de la llamada Ideología de Género, o como prefieren llamarla las feministas; de la Perspectiva de Género. O lo que es lo mismo del fanatismo igualitario y de la tiranía de la corrección política, todo ello catalizado por el principal fermento de descomposición social que es la ideología feminista y su implacable empeño en diluir la línea de diferenciación más básica que articula toda sociedad humana, la que separa lo masculino de lo femenino.

Una Ideología de género que pretende romper no solo convicciones morales individuales sino también principios básicos de la ciencia, en una inagotable reinterpretación de nuestra historia colectiva como grupo humano. Y paradójicamente presentándose para ello como una ciencia indiscutible en su intento de moldear la conciencia y la conducta desde la infancia y la escuela, intentando ejecutar una transformación social apoyada en leyes disruptivas y coactivas ante las cuales no pueda existir oposición alguna.

Afirmar que hombres y mujeres son iguales en dignidad y derechos constituye una aseveración que en la actualidad carece de discusión. Los avances sobre las injustas desigualdades que perjudicaron históricamente a la mujer, iniciados en el marco de la primera ola del feminismo y sus movimientos sociales para igualar a la mujer en derechos y dignidad con el hombre, han llevado a la inclusión de la mujer en todos los aspectos de la sociedad occidental. De tal forma, la mujer ha adquirido visibilidad, participación social y política, y ha asumido todos los derechos posibles en un sistema legal que representa la hoy incuestionable igualdad entre el hombre y la mujer, inmersa en nuestra concepción de la justicia social.

No obstante, el feminismo actual está completamente alejado de aquella vieja intención de lucha por los derechos de la mujer. Hoy en día, incluso la básica observación de que hombres y mujeres son diferentes

biológicamente es puesta en tela de juicio desde el feminismo y la ideología de género, quienes bajo el principio ideológico de que sexo y género son lo mismo, desarraigan la sexualidad del hecho natural y lo someten única y exclusivamente al ambiente cultural, concluyendo que no existen la mujer y el hombre como tales, sino que dicha distinción deriva de una arbitraria construcción social, de un sistema heterocapitalista que somete a la mujer como una clase sexual definida por la función reproductiva a través de la cual es oprimida por el hombre. Todo ello en busca de una transformación social basada en la cosmovisión feminista radical que impugna la totalidad de las raíces históricas de nuestra civilización.

Este es un fenómeno que se está volviendo muy alarmante, por su carácter completamente ideológico y anticientífico y, fundamentalmente, por la forma coercitiva en que busca imponerse con arreglo a la corrección política. Los medios de comunicación hace ya tiempo que han comenzado a esparcir este pensamiento, la ideología de género, en virtud de la cual no existe tal cosa como el sexo biológico y, por consiguiente, las categorías de sexo responden a patrones culturales completamente independientes de la biología, en busca de su deconstrucción desde el núcleo social familiar.

Una situación que tiene la inconsistencia de lo informe, pero también la amenaza progresiva de una tumoración sin control que infiltra la mente y el pensamiento individual y colectivo de sociedades acobardadas por el nuevo Dios de la subjetividad y el relativismo fomentado por sus incansables profetas. Una ideología que no se sostiene más que por su ciego doctrinarismo dogmático y anticientífico.

Me propongo desentrañar su origen, conocer sus métodos de progresión, localizar sus objetivos y comprender sus fines. Y todo ello precisamente porque hasta la fecha pocos se han atrevido con tal empresa. Quizás sea el miedo acompañado de su fiel escudero, la cobardía, el motivo fundamental que inhibe tal empeño. El miedo a la represalia, el miedo al señalamiento social y el miedo incluso a la pérdida del trabajo y de la ocupación profesional golpeados por la larga mano del control social, de la venganza mediática o del hostigamiento implacable de la corrección política.

Para ello el libro se divide en dos partes diferenciadas. La primera, titulada "Ciencia y Naturaleza" que hace un análisis desde una perspectiva estrictamente científica de los componentes que configuran nuestra naturaleza sexual como seres humanos, explorando elementos claves de la genética, la endocrinología, la fisiología y la teoría de la evolución, para

poner de manifiesto las bases esenciales que permitan una comprensión racional del absurdo proceso deconstructivo a que nos vemos sometidos por una ideología acientífica y puramente doctrinal, pero que durante decenios ha ido permeando la mentalidad popular esclavizándola mediante la desinformación y la propaganda promovida por izquierda y derecha, regada con financiación pública y apoyada en el puro interés y el conformismo de la masa social.

La segunda, lleva por título “Ideología y cultura” y recorre con carácter analítico-crítico la genealogía ideológica que ha hecho posible el actual estado de cosas, la peculiaridad de los predicadores de la nueva religión generológica y los episodios más notorios que componen el altar sacrificial de la corrección política reflejo de sus ideas.

Como médico siento perplejidad y desconcierto ante la ausencia, por parte de nuestras asociaciones colegiales y científicas, de una crítica pública, ponderada, rigurosa y firme sobre las múltiples falacias de la Ideología de género no solo en relación con nuestra profesión sino con respecto al conjunto de la sociedad. Las asociaciones profesionales deben cumplir también esa función, aunque se vean salpicadas por el barro de la confrontación política o ideológica, ya que nuestra responsabilidad social así lo exige. Porque la negación de la naturaleza humana no sólo ha enrarecido el mundo científico, sino que también ha perjudicado la vida de las personas corrientes.

La teoría de que los hijos pueden ser moldeados por la cultura social como se moldea la arcilla, ha propiciado unos regímenes educativos artificiales donde el dominio del sectarismo es el núcleo fundamental de la enseñanza, y donde la pedagogía postmoderna se ha adueñado desde hace tiempo de la naturaleza del estudio eliminando ciencia y añadiendo ideología, ayudada por unos profesores más preocupados de la emocionalidad que de la racionalidad, creando masas de jóvenes que llegan a la universidad cada vez con menos conocimientos y más sentimentalidad susceptible de ser ofendida por cualquier razonamiento que se aleje de su mundo de dogmatismos emocionales.

La creencia de que las tendencias humanas no son más que preferencias culturales reversibles ha llevado a los planificadores sociales a impedir que la gente exprese con normalidad ideas gustos y emociones que no se acomoden a los criterios decididos políticamente. La idea romántica de que todo mal es un producto de la sociedad ha justificado la puesta en libertad de psicópatas peligrosos que de inmediato asesinan a personas inocentes.

Y la convicción de que ciertos proyectos masivos de ingeniería social podrían remodelar la humanidad ha llevado a algunas de las mayores atrocidades de la historia.

Tanto la totalitaria cosmovisión feminista, como la llamada ideología de género, provienen del mismo tronco putrefacto que corrompe la idea de naturaleza humana y la propia realidad, al defender tres dogmas entrelazados: la mente no tiene características innatas, la persona nace buena y la sociedad la corrompe y todo ser humano tiene una esencia que toma decisiones sin depender del condicionante biológico.

La agresión fanática a la diferencia sexual, a la masculinidad y a la femineidad, bebe en las fuentes del odio a la diferencia, en las de la adoración del igualitarismo y en la absurda creencia en la omnipotencia humana sobre la biología y su capacidad para la transformación mediante la simple contorsión verbal. La delirante pretensión de poder elegir la identidad sexual en discordancia con la conformación del cuerpo mediante la estricta apelación a la voluntad individual, buscando la creación de nuevas normalidades y la dilución de sexos en una amalgama de seres indiferenciados, sujetos políticamente a unas normas de consumo común, son la cristalización de un programa ideológico-político que avanza sin cesar ante la indiferente mirada de la masa obediente y desinformada.

En definitiva, el feminismo y la ideología de género de él derivada se han vuelto dogmáticos, represivos, autoritarios y actúan como una secta violenta que persigue y acalla toda manifestación, inclusive científica, en contra de sus inviolables e incuestionables divisas. Llamando retrógrados a sus disidentes, retrocede ella misma siglos en el tiempo al imponer políticas coercitivas para atacar la ciencia legítima y su natural evolución, acusando de homofóbica, machista, patriarcal y opresiva a la biología y sus resultados, simplemente porque no coincide con sus apriorísticos puntos de vista. El verdadero retrógrado, puede estar el lector seguro, está inmerso en la idiosincrasia fundamentalista del paradójicamente llamado progresismo.

Desde luego no creo que exista nadie en pleno siglo XXI, más allá de algún obtuso cernícalo, que pueda discutir la igualdad de todas las personas, hombres y mujeres, ante la ley. Pero, querido lector, siento tener que decirle que ahí se acaba la igualdad, en todo lo demás hombres y mujeres somos diferentes. Genéticamente, anatómicamente, fisiológicamente, endocrinológicamente, psicológicamente. Y como semejante realidad indiscutible, es discutida por la corrección política

imperante a modo de traje invisible del emperador, en las siguientes páginas intentaré demostrarlo inequívocamente.

Sí, somos distintos y complementariamente necesarios. Ese es el orden de las cosas. Que semejante afirmación sea objeto de censura y reproche es algo inaudito, síntoma de una patología social cuyas consecuencias están por determinar, pero que no parecen suponer nada bueno...

...Y que me inducen, querido lector, a sugerirle que si este libro ha llegado hasta sus manos, tenga cuidado. Su sola lectura puede convertirle a usted en sospechoso. Y entonces pierda toda esperanza, porque pronto caerán sobre usted las palabras mordaza y será condenado sin apelación posible al silencio y la exclusión.

*Pero... Si usted es hombre y siente que le preocupa más el daño a una mujer que el daño a un hombre, o cuando, por ejemplo, estando cerca de una mujer procura cuidadosamente no lastimarla en tanto que estando cerca de un hombre se despreocupa más; si usted mira con más rechazo el daño a una mujer que el daño a un hombre; si le duelen más las noticias de mujeres asesinadas que de hombres asesinados, no piense que es usted un hipócrita. Usted está actuando de acuerdo al más primitivo instinto masculino para proteger a esa parte de nuestra especie que es biológicamente más válida, la mujer, un mecanismo de nuestro comportamiento con bases naturales que nos ha servido para preservar la especie.*

*No permita, asimismo, que se lo culpe genéticamente de un crimen que se comete de forma individual por otro hombre, no se deje engañar por el mito del patriarcado, y no deje que su hombría sea criminalizada. Usted no es delincuente únicamente por ser hombre como manifiestan tantas feministas y como se está llevando a cabo con leyes tan inconstitucionales y violadoras de derechos fundamentales como la Ley Integral Contra la Violencia de Género en España.*

*No retroceda, como pretende el feminismo, a una concepción del delito propia de tiempos tan retrógrados como aquellos que anteceden el derecho romano, tiempos en los que los delitos eran de autor y no de hecho que culminó, entre otras cosas, en la caza de brujas, y que estamos viendo en su actual versión con leyes hembristas e injustas como la mencionada.*

*Si usted no se siente a gusto expresando sus sentimientos y exhibiéndose al llorar; si usted prefiere sufrir en soledad cuando le ocurre algo lamentable en vez de expresarse y buscar apoyo emocional, no deje que el feminismo lo*

*convenza de que esto es producto de un patriarcado que lo obliga a ser fuerte y reprimir sus sentimientos. Aprecie su masculinidad y acéptese como es, sepa que estas diferencias con la mujer tienen un muy fuerte componente biológico que va más allá de ese mítico e inexistente patriarcado que las feministas proponen. No permita que los mecanismos de género le digan cómo debe comportarse, ni acepte esa concepción criminalística de comportamientos masculinos que lleva usted supuestamente impregnados en su código genético y en su estructura cerebral y hormonal. (1)*

La analogía con el cuento de Andersen está clara. Un conjunto de creencias, acientíficas y/o anticientíficas, indemostrables más allá de su proclamación doctrinal, asumidas acríticamente por una masa social inducida a ello mediante una clase política ignorante y estúpida, unos medios de comunicación no menos ignorantes y estúpidos y lo que es peor, apoyadas firmemente en una educación fanáticamente sectaria impulsada por el viento de los tiempos postmodernos y deconstructivos.

Y efectivamente, existen en esta analogía global los dos charlatanes creadores del traje invisible, los reyes desnudos conocedores y temerosos de su propia incapacidad, los ayudantes deseosos de no perder sus privilegios aún a costa del autoengaño y la mentira, y por supuesto el pueblo súbdito e indolente dispuesto a creer cualquier verdad si viene envuelta en el brillante celofán audiovisual. Pero sin duda también la mirada sincera de algún niño que inocentemente diga:

*¡¡¡ pero si el rey está desnudo!!!...*

...Que cada lector encuentre su semejanza en esta historia...